



# Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 20

27 de junio de 2009

ISSN 1989-4988

Revista

Índice de Autores

Claseshistoria.com

ANTONIO AGUILAR BARAJAS

Una historia épica: las Guerras Médicas

## RESUMEN

Darío, enormemente preocupado por las cuestiones dinásticas (y porque poca sangre Aqueménida corría por sus venas) se vio en la necesidad de imitar a Ciro en la conquista de nuevos territorios, por lo que posó sus ojos sobre la cercana e indómita Europa. Cruzando el estrecho de los Dardanelos y hasta prácticamente Macedonia, Darío extendió la influencia persa dominando a los escitas y tracios que habitaban en aquellas vastas extensiones. El Danubio supuso un tapón para sus ambiciones conquistadoras, hecho que le llevo a juzgar la conveniencia de seguir aumentando sus territorios a costa de la pobre Grecia.

## PALABRAS CLAVE

Heródoto, Persas, Leónidas, Espartanos, Atenas

Antonio Aguilar Barajas

Licenciado en Historia por la Universidad de Málaga

[toninigz@yahoo.es](mailto:toninigz@yahoo.es)

[Claseshistoria.com](http://Claseshistoria.com)

027/06/2009

## UNA HISTORIA ÉPICA: LAS GUERRAS MÉDICAS

Para narrar el mayor conflicto bélico que sacudió las tierras griegas, las llamadas “Guerras Médicas”, contamos con la figura de un historiador excepcional. Heródoto de Halicarnaso, considerado como el “padre de la historia”, narró en su homérica obra “Los nueve libros de la Historia” la guerra que enfrentó a griegos y persas entre el 490 y el 479 a. C. En su proemio ya manifiesta la intención de contar las grandes gestas efectuadas por bárbaros y griegos para que no caigan en el olvido, pero no como simple relato, sino emitiendo juicios de valor y tratando de dar explicación a las causas que llevaron a ambas potencias a guerrear entre si. Siendo el prisma desde el que Heródoto cuenta sus historias eminentemente griego, también da numerosos datos y valiosos testimonios que nos sirven para hacernos una idea fidedigna de cómo estaba configurado el imperio que desafió a los pueblos de la libre Grecia. Aunque la historia la escriben los vencedores, y ante la inexistencia de un Heródoto persa y de que las fuentes asiáticas están plagadas de documentos burocráticos y administrativos, pero ninguno de valor histórico, hemos de ceñirnos a las páginas de las Historias para acercarnos a la magnitud del conflicto y a la cantidad de personajes que pueblan este apasionante relato. Heródoto reparte reconocimientos y antipatías por igual en sus páginas, tanto de uno y de otro bando, siendo más corrosivo por ejemplo con los jonios y especialmente atento con los atenienses, su segunda patria. De los persas elogia su sinceridad y lealtad, sin desdeñar tampoco el valor de sus soldados, y atribuye su derrota a la inferioridad en armamento y tácticas. Su imparcialidad queda así demostrada, ya que no culpa directamente a alguno de los bandos del inicio de las hostilidades, sino que la considera un hecho inevitable, suma de numerosos factores que desencadenan el conflicto bélico que a la larga cambiará el mapa político de la Hélade.

El imperio persa fue fundado por *Ciro el Grande* hacia el 550 a. C. Este gobernante era descendiente del fundador de la estirpe real persa, Aquemenes, por lo que se conoce como Aqueménidas a los integrantes de la familia real. Sus dominios iniciales se limitaban a la actual Irán, pero fueron aumentados por *Ciro* al derrotar al pueblo de los medos, país situado al norte del núcleo originario persa. La confusión de los griegos entre ambos pueblos les hacía denominarlos medos o persas sin distinción, y es de ahí de donde viene el nombre del conflicto (Guerras Médicas) entre griegos y persas. Incluso a las polis que se dejaron sobornar por los persas y se habían pasado a su bando se les acusaba de “medizantes”. Aparte de cuestiones semánticas, *Ciro* fue agrandando el imperio a pasos agigantados, fruto de una política expansionista y de su agresivo ejército imperial. La temida Asiria cayó en sus redes, la cosmopolita y rica Babilonia, Lidia con su soberbio rey *Creso*, que sacrificó sus dominios al

malinterpretar las palabras del oráculo de Delfos, y todas las ciudades griegas de la ribera asiática del Egeo (entre ellas Pérgamo, Mileto y Halicarnaso, cuna de Heródoto). Ciro muere en la campaña contra los masagetos, al intentar agrandar sus fronteras hacia el actual Uzbekistán. Le sucede su hijo Cambises que pasó a la posteridad por incorporar el milenarismo Egipto a la corona Aqueménida y por el enigma de la desaparición de su ejército en las arenas del desierto durante la campaña de castigo contra los amonitas. Con su muerte en el 522 a. C. sucede una difícil lucha intestina por ocupar el trono vacante, al que finalmente accede Darío, pariente lejano del fundador del imperio. Tras sofocar las revueltas internas de Babilonia, el soberano comprendió que para dominar la enorme extensión de sus dominios necesitaba dividirlo en satrapías, unidades territoriales que aportaban tributos a las arcas reales y soldados para la poderosa *spada*, o ejército imperial.

Darío, enormemente preocupado por las cuestiones dinásticas (y porque poca sangre Aqueménida corría por sus venas) se vio en la necesidad de imitar a Ciro en la conquista de nuevos territorios, por lo que posó sus ojos sobre la cercana e indómita Europa. Cruzando el estrecho de los Dardanelos y hasta prácticamente Macedonia, Darío extendió la influencia persa dominando a los escitas y tracios que habitaban en aquellas vastas extensiones. El Danubio supuso un tapón para sus ambiciones conquistadoras, hecho que le llevó a juzgar la conveniencia de seguir aumentando sus territorios a costa de la pobre Grecia. Pobre en comparación con las riquezas que atesoraban los palacios persas, pero con una civilización rica culturalmente y una tupida red de relaciones comerciales en el Mediterráneo muy deseables para engrosar la lista de tributos en el erario imperial. Tan sólo era cuestión de tiempo que los reyes persas valorasen en serio la necesidad de expandir sus dominios hacia Europa, ya que en Asia las naciones circundantes al núcleo originario del imperio habían caído como fruta madura tan solo unas décadas antes. Y fueron precisamente los griegos asiáticos los que le dieron la excusa de oro a Darío para iniciar la empresa conquistadora.

El detonante de la primera Guerra Médica fue la sublevación jonia ocurrida hacia el 499 a. C. Esta empezó en Mileto, capital de las ciudades jónicas gobernada por el tirano Aristágoras, siendo el motivo principal la liberación del yugo persa y de sus gravosos tributos. Entre jónicos y atenienses había estrechos lazos de amistad, ya que los primeros eran descendientes según la tradición de la ciudad del Ática (Atenas era la Metrópolis de Mileto) y hablaban el mismo dialecto del griego. Aristágoras movió primero su diplomacia con el fin de unir bajo la misma bandera al resto de ciudades jónicas, viajando posteriormente por la Hélade para atar a su causa a las dos principales potencias griegas, Atenas y Esparta, consciente de que nada podría hacer sólo frente a las terroríficas represalias del ejército persa.

En Esparta se entrevistó con el rey Cleómenes, el cual destacó en su mandato por su activa política en el resto de polis helénicas. Tentado por las riquezas asiáticas, a punto estuvo de dar el visto bueno a la movilización del ejército lacedemonio. Pero cuando se enteró de que la batalla se libraría a tres meses de camino por mar, rehusó el compromiso por las reticencias del estado espartano a abandonar su suelo, tan

susceptibles como eran por las posibles revueltas indígenas. Es por lo que un desmoralizado Aristágoras emprendió camino hacia el Ática, con el fin de convencer a los ciudadanos atenienses, más maleables debido al lazo de unión con sus vecinos jonios y por poseer un floreciente sistema político, la democracia, que dejaba espacios más abiertos a la opinión del pueblo en temas políticos y militares. La cuestión es que por la persuasiva retórica del dirigente jonio y las ansias aventureras del régimen ateniense, Aristágoras consiguió unir a Eretria y Atenas a su causa, hecho que trajo no poca ruina para ambas ciudades griegas. La sublevación comenzó al año siguiente, con el apoyo naval de atenienses y eretrios, extendiéndose desde el Helesponto a Chipre. La acción más sonada de los sublevados fue la toma e incendio de Sardes, una de las capitales imperiales persas, hecho que pagarían los atenienses con el incendio de su capital por los persas en el 480 a. C. Despertado el leviatán asiático, sus represalias fueron terribles. Mileto pagó con creces su aventura independentista, ya que su flota fue aniquilada en la batalla de Lade, la ciudad sitiada durante un año siendo saqueada después y la población superviviente deportada hacia las entrañas del imperio persa.

En Atenas el aplastamiento de los jonios inundó de oscuros presagios sus calles y ciudadanos, conscientes como eran que no tardarían en oír las pisadas de miles de soldados persas a las puertas de su ciudad. Pero aún tuvieron unos años de tranquilidad, motivados porque Darío se equivocó al mandar una expedición de castigo mandada por Mardonio hacia el norte, teniendo que guerrear primero contra los tracios, diezmándoles este su ejército y agravada por el naufragio de su flota en los escollos del monte Athos. El gigante persa no tuvo más opción que replegarse a sus bases para lamerse las heridas y meditar sobre la manera de castigar a los griegos por las injerencias en su territorio. Aún así Tracia quedó en su poder y Macedonia se configuró como estado vasallo, por lo que las fronteras del estado persa llegaban a las faldas del monte Olimpo. Grecia tenía que actuar rápido porque tenía el enemigo en sus puertas.

### **La batalla de Maratón:**

Los persas reanudaron las hostilidades en el 490 a. C. Darío aprendió del error que supuso dar un largo rodeo por el norte, por lo que su flota al mando de Datis desembarcó directamente en las costas del Ática. La primera en sufrir las represalias fue Eretria, la cual resistió un fuerte asedio durante seis días pero cayó por traición al abrirles un “medizante” las puertas de la ciudad. El destino de los eretrios fue el habitual en estos casos. Muerte, destrucción sistemática de su ciudad y deportación de los supervivientes a aldeas del Golfo Pérsico. En este suceso los atenienses hicieron oídos sordos a las suplicas de ayuda de los eretrios, concedores quizás de la traición que se iba a efectuar y porque debían de andar atesorando defensas y

reservando hoplitas para la defensa de su ciudad. La batalla decisiva no se hizo esperar, y el escenario fue elegido por el bando persa.

La ensenada de Maratón, aunque algo alejada de la capital, ofrecía un desembarque ideal a la armada persa, amplia como era y resguardada de los vientos por la península de Cinosura. Desplegado su ejército, y conocedores los atenienses de la suerte de los eretrios, decidieron plantarles cara movilizando a la totalidad de sus hoplitas, ente 9.000 y 10.000 hombres con el apoyo de un número indeterminado de esclavos e infantería ligera y el apoyo de 600 hoplitas de la ciudad de Platea. Pero, ¿qué andaban haciendo los espartanos en esas mismas horas? Los generales atenienses mandaron a un mensajero profesional a Esparta, Fidípides, que pasaría a la posteridad como el precursor de la más clásica y conocida disciplina olímpica. El corredor tardó día y medio para recorrer la distancia entre ambas ciudades (250 kilómetros) para solicitar el apoyo de Esparta ante la invasión persa. Tal magno esfuerzo fue en vano, ya que los éforos declararon fidelidad al pacto de amistad entre ambas ciudades, mandando su ejército a Maratón...en el plazo de diez días. El motivo esgrimido fue que Esparta se hallaba inmersa en las celebraciones religiosas en honor de Apolo Carneio, no siendo posible el mancillar la festividad religiosa con derramamiento de sangre. Diversas fuentes dudan de la piedad espartana, tan oportuna por cierto, y creen que su ausencia se debía por estar sofocando una revuelta de los ilotas mesenios. Ciertamente o no, los atenienses, hartos de esperar a los espartanos y ante lo desesperado de la situación decidieron atacar al grueso de los persas. Milciades, general ateniense, fue el que dispuso la táctica a seguir. Decidió alargar las líneas griegas adelgazando los batallones centrales para evitar el flanqueo de su ejército por los persas. Para contrarrestar el poderío de los arqueros medos, la línea de hoplitas desplegados debía de correr la distancia entre ambos frentes, unos 200 metros, bajo una lluvia incesante de dardos y cargados con los 30 kilos de panoplia militar que llevaban encima. Y después de eso cargar contra el enemigo para debilitar sus defensas y ponerlos en fuga con el fin de masacrarlos durante su desbandada. La cuestión es que tan descabellado plan salió a la perfección. Era la primera vez que los hoplitas griegos y los lanceros persas se veían cara a cara en una batalla campal, teniendo una enorme ventaja el blindaje pesado de los primeros y sus largas lanzas de fresno sobre los escudos de mimbre y las picas más cortas de los segundos. Aún así, la batalla tardó en decidirse, ya que según Heródoto “*duró el ataque con vigor muchas horas en Maratón*” (6, 113). El centro de la línea griega, sacrificado en profundidad al extender los flancos tuvo que retroceder ante las acometidas de los persas y sacas. Pero los más nutridos y experimentados escuadrones de los flancos desbordaron a los persas, desperdigándolos en masa y atenazando después el centro del ejército persa. En las batallas campales de la antigüedad, el momento del choque entre ejércitos (*othismos*) no supone demasiadas bajas para ambos bandos. Es cuando alguno de los frentes empieza a flaquear y se quiebra, o peor aún, se desorganiza y se da a la fuga dándole la espalda al enemigo cuando empieza la auténtica carnicería. Mientras los griegos daban caza a los persas que huían, los que no morían tras pasados por el hierro se ahogaban en la zona

pantanosa de la Gran Marisma. Aunque no pocos soldados consiguieron llegar a la salvación alcanzando la flota persa atracada frente a Cinosura. Peor suerte corrieron los que quedaron atenazados por el ejército griego, que sin opciones de nada fueron masacrados bajo la muralla de hoplitas atenienses. De los caídos en combate, Heródoto da cifras exactas: 6.400 bajas en el bando persa por sólo 192 del lado ateniense (6, 117).

Tras la sorprendente victoria de los aliados griegos, todavía se cernía el peligro sobre Atenas. En la flota imperial todavía quedaban varios cuerpos del ejército persa, casi 20.000 hombres, por lo que Datis decidió levar anclas y dirigirse al puerto del Falero doblando el cabo Sunion, con el fin de hallar desguarnecida la ciudad y apoderarse de ella. Los atenienses, al intuirse la maniobra del general persa, y con sudor y sangre aún sobre sus armaduras se pusieron a la carrera para avisar a la guarnición de que habían vencido y de que resistiesen a ultranza. Cuando la flota persa divisó la colina de la Acrópolis, vio que a los pies de la ciudad les esperaba el ejército que poco antes les había vencido en Maratón, por lo que decidieron darse la vuelta y comenzar el penoso camino de regreso a Asia. Es probable que Datis se contentase con haber arrasado Eretria y esclavizado a su población, ya que Atenas se demostró un hueso duro de roer. De todas maneras, en la conciencia de Dario no cabía el perdón a los atenienses, idea que rumió hasta su muerte, la cual le sobrevino preparándose para la próxima expedición de castigo a Grecia continuada por su hijo Jerjés.

### **Las Puertas Calientes**

El sucesor de Dario en el trono de los Aqueménidas fue Jerjés, soberano presentado por las fuentes antiguas, el cine y la literatura actual como un hombre dominado por las pasiones y extremas ansias de grandeza. No hay que olvidar de la insigne dinastía de la que provenía, soberanos que habían conquistado a casi todos los pueblos que abarcaban desde el Ponto Euxino hasta el subcontinente indio. La única espina clavada en el orgullo de los monarcas persas era Grecia, tierra áspera y pedregosa como la voluntad indomable de sus habitantes. Los preparativos de la siguiente invasión se demoraron por el espacio de diez años, motivado porque el nuevo señor tuvo que sofocar las rebeliones de Egipto y Babilonia, las satrapías más ricas del imperio. Para la incomodidad de sus gobernantes era una costumbre común en el imperio el levantamiento de diferentes regiones ante el cambio de poder.

Otro motivo era la preparación de la gigantesca expedición que Jerjés andaba planeando para ocupar Grecia. Es de suponer que la maquinaria burocrática persa era



lenta, pero inexorable, y el reunir tal magnitud de efectivos humanos, entre soldados y personal auxiliar provenientes desde todos los puntos del imperio les supuso a los funcionarios persas más de un quebradero de cabeza. Heródoto nos da unas cifras bastante fantásticas: 5.283.320 efectivos, entre soldados y personal auxiliar (7, 186). Como ejemplo, sólo cabe imaginarse las dificultades que supondrían movilizar a toda la población de Finlandia para llevarlos a la guerra, y sin los modernos medios y vías de comunicación. Estudiosos del tema han concluido que 120.000 combatientes serían una cifra aceptable, sumándoles la flota imperial compuesta por 1.207 naves, entre trirremes de guerra y embarcaciones de suministro (Heródoto 7,184). Ambas entidades, el ejército de tierra y la armada actuarían de forma conjunta, pero con distintos itinerarios y objetivos diferentes con el fin de doblegar la firmeza que seguro iban a oponer Atenas por mar y Esparta en tierra.

Los dos personajes claves de la resistencia griega fueron el ateniense Temístocles y el rey espartano Leónidas. Ambos tuvieron ocasión de ponerse de acuerdo en el conclave que las polis griegas celebraron en Corinto en el 480 a. C, fecha de la batalla, conscientes como eran que sólo una acción conjunta podría frenar el avance inexorable de las hordas persas. Allí se acordó que Esparta defendería a la cabeza de una coalición griega el angosto paso de las Termópilas, entrada natural que comunicaba la Grecia continental con la Fócide, Beocia, el Ática y el Peloponeso. Atenas por su parte comandaría la flota aliada para oponer resistencia en el cabo Artemisio, con el fin de retrasar el avance persa y guardarles las espaldas a los defensores de las Termópilas. La ventaja con la que contaban los griegos era la elección del campo de batalla. Las Puertas Calientes debían su nombre a unas fuentes termales situadas a los pies del monte Calidromos, impresionante macizo rocoso que alcanzaba los 950 metros de altura en su parte de las termas, frontera natural que lo convertía en una barrera inexpugnable. En el otro flanco se elevaban los acantilados que daban al mar, siendo el único paso practicable una garganta de entre 30 y 15 metros de anchura, divididas en tres estrechamientos o puertas. En la Puerta Central había un muro construido por los focidios en tiempos remotos para defenderse de sus enemigos tesalios que Leónidas hizo reparar, con el fin de habilitar un bastión para sus tropas. El único punto débil que tenía aquella fortaleza natural era un antiguo carril de pastores llamada senda Anopea, la cual ascendía por el Calidromos hasta desembocar en la retaguardia de los defensores. Leónidas, consciente del peligro apostó allí a un contingente de 1000 hoplitas focenses para resguardarla de posibles incursiones persas. En cuanto a los efectivos de los que disponían los griegos para defender las Termópilas, estos sumaban unos 7.000 hoplitas aproximadamente, repartidos entre espartanos, arcadios, tebanos, tesprios, corintios, focenses, micenos, locros opuntios y soldados de Fliunte. La representación griega era variopinta, y a todas luces insuficientes para parar la enorme maquinaria militar de los persas. Aunque para contrarrestar la parquedad en efectivos militares contaban con el escenario de la batalla, fácilmente defendible por un número no muy elevado de hoplitas bien disciplinados. El plan inicial respondía a un doble objetivo: inflingir el mayor número de bajas posibles a los persas para que desistiesen de la

invasión, y en segunda instancia y de no poder defender el paso retrasar el avance de la *spada* para reorganizar las defensas griegas por tierra y mar. Siendo los espartanos la flor y nata del ejército griego, ¿por qué el estado lacedemonio mandó unas fuerzas tan reducidas a defender las Termópilas? La respuesta la tenemos de nuevo en su enorme celo religioso, excusa esgrimida anteriormente en Maratón por los éforos a la hora de mantener a sus ciudadanos dentro de los límites de Esparta. Apolo Carneio no permitía a sus adeptos salir a guerrear durante su festividad, hecho que mantuvo a la totalidad del ejército espartano en sus cuarteles durante la fecha de la batalla. Aunque los éforos fueran tan celosos de las costumbres religiosas de su pueblo, tampoco podían obviar los compromisos adquiridos con el resto de las polis de la Liga Helénica en la defensa del suelo griego, por lo que permitieron al rey Leónidas posicionarse en las Termópilas con un escogido destacamento de 300 espartanos, todos miembros de la guardia personal del rey y con descendencia masculina, de manera que con su muerte no se extinguiese ninguno de los linajes de la élite espartana. También la premonición de la pitia del Oráculo de Delfos no dejaba lugar a dudas entre los lacedemonios a la hora de actuar en la batalla, versos que tuvieron que pesar mucho sobre la determinación y la tenacidad hasta la muerte del rey Leónidas:

*O vuestra poderosa y excelsa ciudad es destruida por los persas*

*O bien Lacedemonia llorará la muerte de un rey* (Heródoto 7, 220)

Con esta conciencia de misión suicida marcharon los 300 hacia las Termópilas, en pos de la gloria y en búsqueda de la muerte honorable en la batalla, máxima cultivada desde la despiadada escuela de la *agogé* en defensa de la orgullosa y férrea Esparta. La batalla se desarrolló durante tres jornadas, retrasada cuatro días desde la llegada de los persas porque Jerjes pensaba que el reducido contingente griego depondría las armas al ver la magnitud de los atacantes con los que se tendrían que enfrentar. Los griegos aguantaron estoicos y con sangre fría el tiempo previo a los enfrentamientos reconstruyendo el muro focense, haciendo ejercicios gimnásticos y acicalándose el cabello para estar más presentables en el Hades. Harto de esperar y queriendo poner a prueba a los arrogantes griegos, en la mañana del quinto día lanzó un ataque frontal con tropas medas para comprobar de que pasta estaban hechos los hoplitas espartanos. En un espacio tan estrecho, el número ingente de su infantería y su arma favorita, el arco, quedaron inútiles ante la muralla de hoplones de la falange griega. Oleada tras oleada, los persas se estrellaron contra la muralla de madera, bronce y músculos de los griegos teniendo que batirse varias veces en atropellada retirada. Viendo como se desarrollaban los acontecimientos, Jerjes y su estado mayor desesperaban al ver como un número tan bajo de combatientes se interponían a sus deseos de conquistas, habiendo doblegados mares y montañas con tal propósito. Leónidas ideó un sistema de rotación, en la cual los espartanos eran reemplazados por tropas de refresco situadas en la retaguardia al amparo del muro focense, por lo que el número de bajas entre sus filas se reducía al estar las tropas más descansadas y concentradas a la hora de aguantar los envites de la marea de persas. Hidarnes, jefe de los Inmortales, la tropa de 10.000 guerreros de élite y guardia personal del emperador quiso acabar rápido la batalla, mandando a sus experimentados soldados



para quebrar las defensas griegas. Pero no obtuvo más éxito que los medos, teniendo que retirarse al ver como las bajas eran inaguantables hasta para un ejército tan numeroso como el suyo.

Así, sin avances visibles y con los espartanos y el resto de griegos en la cima de su gloria llegó el segundo día, siendo el desarrollo de la batalla prácticamente igual que en la jornada anterior. Una táctica que le reportó enormes resultados a los espartanos era la de la retirada fingida. La falange salía a campo abierto, con movimientos rítmicos y acompasados por las siringas de sus escuderos ilotas. Los persas, pensando que con más espacio anularían la superioridad griega haciendo valer su mayor número de tropas aguardaban el choque con mayores esperanzas. Para su mayor alegría vieron como tras una breve refriega, los espartanos se batían en retirada, hecho que aprovecharon los persas para correr en su búsqueda desbaratando sus propias líneas. Rota su disciplina, los espartanos se giraron en un movimiento frío y metódico recomponiendo la falange, sólo posible a base de entrenarse toda la vida ofreciendo sus sarisas ante los desconcertados persas, que pasaban así de verdugos a víctimas, alanceados por delante y aplastados por detrás por los compañeros que no se habían percatado de la estratagema de los lacedemonios. En estos momentos es cuando los defensores saborearon la esperanza de la victoria, con el deseo de que los invasores se retiraran ante el número atroz de cadáveres que se esparcían por las Puertas Calientes.

Simultáneamente a la defensa del paso terrestre, la armada griega intentaba detener a la flota persa en el cabo Artemisio, una ensenada situada en la isla de Eubea que abría el paso natural para la invasión del Ática. Los elementos naturales y la pericia del general ateniense Temístocles hicieron posible contener a los barcos enemigos, ya que dos tormentas de verano hicieron naufragar numerosas embarcaciones persas en la costa de Magnesia y en la árida y rocosa costa de Eubea. Aun así, estos ofrecieron combate a los trirremes griegos, que a duras penas contuvieron el embiste de los barcos persas destacando en la batalla los navíos egipcios y fenicios por su larga tradición marinera anterior a la sumisión al imperio persa. La batalla terminó en tablas, teniendo que retirarse los griegos al conocer el cariz que estaban tomando los acontecimientos en las Puertas Calientes.

El segundo día en las Termópilas aparece un personaje clave para el devenir de los hechos. Efiates, un campesino procedente de Traquis se presentó ante Jerjes para informarle de que existía un sendero que cruzaba el Calídromos utilizado para el pastoreo del ganado. El tal Efiates, cegado por las riquezas persas vendió así a los defensores de las Termópilas ofreciéndose como guía para sorprenderlos por la retaguardia. Esta era una posibilidad contemplada por Leónidas, pero imposible de evitar ya que así como numerosas polis aceptaron el ofrecimiento de tierra y agua de manos de los embajadores persas, en las conciencias personales pesaba más la necesidad que el patriotismo, siendo algo común en las guerras los traidores y delatores en uno y otro bando. Puesto al corriente, y agradeciendo a Ahura Mazda tal

revelación Jerjés mandó a Mardonio al frente de los Inmortales para recorrer la senda Anopea guiados por Efiates. En la madrugada del tercer día sorprenden a la guarnición de 1.000 hoplitas focenses apostada por Leonidas para defender la senda, pero ante la magnitud de los atacantes, los focenses se repliegan prestos a la defensa pensando que el objetivo de los Inmortales eran ellos. Pero la meta de los Inmortales era la Puerta Oriental, justo en la retaguardia de los griegos. Las malas noticias tienen la habilidad de volar de boca en boca, siendo informado Leónidas por desertores y vigías de la jugada de los persas rayando el alba del tercer día de batalla. El rey espartano, viendo como la profecía del oráculo se habría de cumplir inexorablemente, convocó el último consejo de guerra, ofreciendo la retirada a los hoplitas aliados y disponiendo su deseo de permanecer en su puesto junto a sus espartanos e ilotas, además de los tespios y tebanos. Estos últimos permanecieron en las puertas para compartir el glorioso destino de Leónidas, aunque frecuentemente sean olvidados en las recreaciones históricas y culturales sobre el mito de las Termópilas. En el caso de los tespios puede que su general Ditirambo pensase que de no defender ese paso, poco quedaría que defender cuando las hordas persas arrasasen su ciudad. Aún así el número de sacrificados en esta empresa, 700 ciudadanos adultos era un desastre total para la demografía de la pequeña pero valiente ciudad de Tespis. Tebas era sospechosa de “medizar” ante Atenas y Esparta, y seguramente el contingente tebano presente en las Termópilas perteneciese a ciudadanos defensores de la causa griega, mientras que la oligarquía pro persa permanecía en la ciudad pensando más en la victoria de los persas que en la defensa de la causa griega. Lastimoso es que su sacrificio quedase empañado por su actitud en los momentos finales de la batalla, ya que los tebanos supervivientes a la masacre arrojaron sus armas al suelo y levantaron los brazos pidiendo clemencia. Su destino fue llevar la marca real grabada a fuego y una vida de esclavitud, quizás siendo preferible haber hallado una muerte honrosa junto al resto de defensores.

Hasta en sus últimas horas Leónidas hace gala del renombrado humor lacónico, exhortando a sus espartanos que desayunasen bien porque la cena la tomarían en el Hades (Plutarco; *Obras morales y de costumbres*, 225 D). Dispuesto a no ceder ni un palmo de terreno y a llevarse consigo al mayor número de persas, los espartanos formaron su última defensa en un espacio más abierto, con el fin de poder desplegar a todos los efectivos restantes. Al mismo tiempo que los Inmortales se hacían fuertes en la retaguardia griega, Leónidas ordenó un ataque frontal donde la carnicería alcanzó cotas estrepitosas, obligados como estaban a luchar con lanzas astilladas y espadas melladas por los días que acumulaban de duros enfrentamientos. En esa melé fue cuando cayó el rey espartano, organizándose una sangrienta refriega por recuperar su cuerpo ya que para los lacedemonios sería impensable abandonar a su rey en el campo de batalla. Arrebatado con enorme derramamiento de sangre el cuerpo de Leónidas al enemigo (es de imaginar la recompensa que obtendría el soldado persa que le entregase personalmente la cabeza del rey espartano a Jerjés), los supervivientes se hicieron fuertes en una loma donde posteriormente se alzaría un león de piedra en homenaje a Leónidas. Enconada fue la resistencia de los escasos supervivientes, los cuales en palabras de Heródoto lucharon “*con sus espadas, si las*

tenían, y si no con uñas y dientes” (7, 255), hasta que finalmente por decisión de los generales persas y para evitar más bajas entre sus filas decidieron masacrarlos con su arma favorita, el arco, considerado indigno por los griegos al matar desde la distancia y no con el arrojo y el valor que requiere el enfrentamiento cara a cara de las falanges.

El escarnio al que sometió Jerjés al maltrecho cadáver de Leónidas nos habla de la crispación que se había apoderado de su genio al comprobar la obstinada resistencia de unos pocos frente a la magnitud de su poder. Decapitó al rey de Esparta y colocó su cabeza en una pica, dejando su cuerpo para pasto de las alimañas privándole de su anhelada estancia en el Hades. Pero tal gesto no hizo más que acrecentar su imagen de despiadado tirano frente a las polis griegas que quedaron del bando aliado, creando la fuente de inspiración para el resto de ciudadanos libres que convirtieron en héroes de la causa griega a los caídos en las Termópilas, siendo los espartanos sus principales paladines. Esparta gracias a este sacrificio había entrado con letras de sangre en la historia universal.

### **El ocaso persa. Salamina y Platea.**

Las consecuencias de la derrota griega en las Termópilas no se hicieron esperar. Como fichas de dominó las polis griegas fueron cayendo sumisamente del bando persa, a excepción de Tespis y Platea, las cuales evacuaron sus poblaciones al Peloponeso, y Atenas, que hizo lo propio con sus ciudadanos llevándolos a las islas vecinas de Salamina y Trecén. En cuanto a los espartanos, su plan alternativo ante la derrota de Leónidas era la fortificación del istmo de Corinto, franja de terreno que separaba la Grecia central del Peloponeso. Estaba claro que Jerjés tenía el paso expedito hacia el Ática, por lo que el ejército lacedemonio apostó allí sus defensas al mando del rey Cleóbrotos en espera de que la *spada* saciase sus ansias de rapiña y destrucción con la indefensa Atenas. Así fue como los persas arrasaron la ciudad de Atena, teniendo sus ciudadanos que ver con desesperación desde las islas vecinas como ardían la Acrópolis, sus casas y los edificios más emblemáticos de su capital. Aunque hacinados y hambrientos, conservaron sus vidas y la armada, auténtica muralla de madera flotante como había vaticinado a los atenienses la pitia de Delfos. Temístocles no se había tomado a la ligera la premonición del Oráculo, por lo que tras el empate naval de Artemisio había salvaguardado sus naves en la isla de Salamina, consciente como era de que allí sería donde los persas ofrecerían el combate naval definitivo y que todavía no se había producido. Para Jerjés este era el penúltimo escollo (todavía quedaban los espartanos) antes de aplastar a los griegos rebeldes, por lo que plantó batalla a la flota griega en el estrecho canal que separa la isla de las costas del Ática. Para ser espectador de excepción de su soñada victoria sobre los trirremes griegos se hizo instalar su enorme trono de campaña en una elevación justo sobre el canal. Pero el pecado de la soberbia, el *hybris* de los griegos, le pasó una elevada factura. Así, desde primera fila pudo asistir a la aniquilación de su flota a

manos de los aliados, ya que a consecuencia de la fe ciega en su superioridad numérica no quiso apreciar las dificultades que ofrecía tan estrecha franja de mar y la imposibilidad de desplegar el grueso de su flota en un espacio tan angosto. Historia calcada a la de las Termópilas, con la excepción de que aquí no había ruta posible para sorprender a los griegos por la retaguardia. Uno tras otro los navíos persas fueron entrando en el cuello de botella, donde los espolones griegos los embestían sin cuartel, y sin posibilidad de escape porque el resto de la flota persa les empujaba desde atrás. La astucia del estrategos de la flota Temístocles también juega una baza fundamental en la batalla, ya que en palabras de Heródoto (8, 75) les hace llegar a los persas la información ficticia de que iban a abandonar la batalla, desertando gran parte de la armada griega debido al miedo que sentían ante la envergadura del enemigo. Puede que por dar crédito a las informaciones que le llegaban del otro bando, o por sus ansias de presenciar la sublime victoria que tanto se le resistía, Jerjes metiese de lleno a sus barcos en semejante encerrona, nefasta para sus aspiraciones y que le hicieron abandonar para siempre el áspero territorio griego que jamás, y contra todo pronóstico, consiguió dominar.

Con el Rey de Reyes poniendo proa hacia Asia, la amenaza persa había perdido gran parte de su credibilidad para los victoriosos griegos de la batalla naval de Salamina. Aunque con sus tropas disminuidas, todavía permanecía en suelo continental gran parte del ejército terrestre al mando del general Mardonio, auténtico adalid de la invasión, que todavía disponía de unos 60.000 hombres en territorio tesalio dispuesto a golpear con dureza el corazón de Grecia. Aun así, como destacado miembro de la corte imperial, y experto en el arte de la intriga y la persuasión, envió varias embajadas a Atenas con el fin de disuadir a los áticos de seguir la lucha, invitándoles a formar parte del imperio subordinándose a él en calidad de sátrapa de la provincia de Grecia, pero manteniendo su autogobierno al estilo de otras satrapías imperiales. Los atenienses rechazaron la oferta, pero empezaron a presionar a Esparta para que entrase en liza superando su línea defensiva del Peloponeso y plantar batalla a los persas de una vez por todas. Ante todo, la indecisión de los espartanos y la negativa de los atenienses hicieron que Mardonio volviese a ocupar el Ática, esta vez ayudado por sus aliados tebanos, haciéndoles pasar de nuevo la vergüenza y humillación de ver su ciudad arrasada por los iraníes y la penosa evacuación hacia la isla vecina de Salamina. Semejante trago desquebrajó la lealtad de los atenienses al compromiso adquirido ante los aliados, enviando un ultimátum a Esparta para que saliesen de sus defensas o bien se verían obligados a poner su flota bajo la bandera Aqueménida. Contra tal amenaza, y viendo el fantasma de la ocupación en el suelo peloponesio, los lacedemonios decidieron movilizar a casi dos terceras partes de su ejército, única vez en la historia que se vio tal cantidad de lambdas desfilando al son de su hipnotizante marcha militar. 5.000 guerreros espartanos de pura cepa, más sus respectivos escuderos ilotas y un número indeterminado de periecos, apoyados por sus aliados tegeos, arcadios y corintios salieron del istmo de Corinto formando un ejército de unos 30.000 hoplitas capitaneados por el regente Pausanias. El general persa, conocedor de la ofensiva y de la talla del ejército que había salido de Corinto, decidió replegarse a las llanuras de

Beocia, bien defendidas por sus hombres y los aliados tebanos, en espera del enfrentamiento final del conflicto entre griegos y persas. Pese a tener un ejército con tropas bien adiestradas y de confianza, conocía de primera mano a los lacedemonios y sabía que sangrientos ejercicios podían cometer con una sarisa bien empuñada. Además, si en las Termópilas el frente espartano no ocupaba más de 30 metros en sus lugares más anchos, causando auténticos estragos entre sus filas, ahora debía de enfrentarse a uno de varios kilómetros, ya que entre los peloponesios, atenienses y demás aliados el ejército griego sumaba la cifra de 40.000 hoplitas y 30.000 soldados de infantería ligera. El mayor ejército griego reunido en la historia iba a ser su rival, y hasta ahora los antecedentes no eran muy alentadores.

Aunque no subestimemos a los aguerridos persas. Mardonio contaba con la infantería más selecta del ejército imperial, ya que con Jerjes también se habían marchado las unidades más exóticas de todos los rincones del imperio, además de poseer un arma que los griegos no disponían. La formidable caballería persa apoyada por los jinetes tesalios, propios para el hostigamiento de tropas con sus continuas andanadas de flechas y perfectos para ocupar posiciones y debilitar los flancos del enemigo. También contaba con los hoplitas tebanos y demás ciudades griegas del bando persa, superando con todos sus efectivos ligeramente en número a los griegos.

En el 479 a. C. ambos bandos se concentraron en la llanura de Beocia, planicie separada del Ática por el monte Citerón y dividida por el río Asopo. En un primer momento, Pausanias estacionó su ejército en las faldas del Citerón, pero tras varias escaramuzas entre hoplitas y la caballería persa decidió adelantar sus líneas hacia la ciudad de Platea. El río actuó así de frontera natural entre los dos ejércitos ya que ninguno se atrevía a cruzarlo por diferentes motivos. Para los griegos, el paso del Citerón era su ruta de suministros, por lo que no podían dejarla desguarnecida a expensas de la caballería persa. Estos a su vez no se atrevían a un choque frontal contra los aspides (escudos) griegos, conocedores de su inferioridad en armamento y que en el *othismos* el soldado persa llevaba sistemáticamente todas las de perder. Así que su técnica era el continuo hostigamiento de las posiciones griegas, con la consecuente desesperación entre las tropas blindadas de los griegos. Como Jenofonte sufriría décadas más tarde en su larga marcha por el imperio persa, la continua presión de los jinetes iraníes y sus proyectiles diezmaban la moral y los ánimos de los griegos al tener que luchar contra un enemigo que golpea y desaparece continuamente, como un enjambre de avispas furiosas. La guerra psicológica desatada por Mardonio también tuvo otras acciones, como el envenenamiento de la fuente Gargafia, abasto de agua potable para los griegos, y la captura del convoy de suministros aliados que atravesaba el paso del Citerón. Esto dejó a los helenos sin sus raciones diarias, y en vista de lo comprometido de la situación, los comandantes reunidos de todas las unidades decidieron retroceder hacia su posición inicial al amparo de las faldas rocosas del Citerón con vistas de reconquistar el paso de los

suministros. Como una retirada hubiese sido un suicidio con la caballería persa hostigándoles desde todos los flancos, decidieron hacerlo de noche, casi a ciegas, para no alertar a los enemigos. Esta estrategia no es para tomarla a la ligera, ya que hacer retroceder a todo el ejército, compuesto por una extensa coalición de polis griegas cada una con sus respectivos mandos y unidades puede convertirse en una monumental confusión, sin posibilidad de comunicación entre los destacamentos ya que la clandestinidad de la retirada era la máxima obligada para no alertar al ejército persa, acampado a pocos centenares de metros de su posición. Y ocurrió lo que cabía esperar. El ejército se disgregó en sus tres alas, amaneciendo separado por kilómetros de distancia. Cuando la caballería persa despertó y fue a iniciar su rutina de hostigamiento, se encontró con que los griegos habían desaparecido, e iniciaron su búsqueda hallando a los griegos divididos. Mardonio vio su oportunidad de oro, y fue directo a por el ala derecha de los griegos, formada por el contingente espartano y sus aliados tegeos. Fue allí donde se libró la auténtica batalla, ya que los atenienses se hubieron de enfrentar a los tebanos, batalla bastante igualada al utilizar ambos la misma estrategia de hoplitas y no queriendo enzarzarse en grave masacre al conocer estos últimos los acontecimientos que habrían de protagonizar los espartanos. Como sucedió en Maratón, la inferioridad del armamento de los persas fue definitiva para su derrota, ya que en la lucha frontal a bocajarro no podían desplegar su destreza con el arco, y sus *sparas* o escudos de mimbre poca defensa les ofrecían contra las lanzas y espadas griegas. Y enfrente tenían a los lacedemonios, únicos guerreros profesionales de toda Grecia que se emplearon a fondo contra las tropas persas, pesando en su espíritu el recuerdo del glorioso final de Leónidas y considerando que ellos luchaban en Platea para hacer pagar al invasor persa su sacrílego magnicidio. Mardonio fue la víctima propiciatoria, ya que bien visible a lomos de su corcel de guerra fue derribado por un espartano y muerto en la batalla, por lo que la moral de los iraníes se hundió en el fango de sangre y orina que impregnaba el campo de batalla. Tras esto, la desbandada fue general, y ahí empezó la aniquilación del enemigo. Los espartanos persiguieron sin piedad a los aterrorizados persas hasta su propio campamento dándoles muerte por miles, salvándose sólo los que consiguieron unirse al general Artabazo el cual se dio a la fuga tras una breve refriega contra los corintios del centro del ejército griego. Espartanos y tegeos consiguieron tomar el campamento persa tras breve asedio, consiguiendo uno de los mayores botines de guerra que viesen los griegos en toda su convulsa historia bélica. El mayor trofeo fue la tienda de campaña de Mardonio, de una increíble factura en materiales, repleta de joyas, panoplia militar y mujeres de su gineceo, visión que abrió los ojos al gran triunfador de la batalla, Pausanias, ante las riquezas que poseía el imperio al que él acababa de expulsar para siempre de Grecia.

La situación entre las dos civilizaciones más importantes de este momento histórico entró en una especie de guerra fría, conociendo ambas las virtudes y defectos del enemigo. Los griegos por un lado sabían, y así sucedió, que los persas jamás se volverían a atrever a pisar su territorio pero que podrían ser un aliado formidable para los planes expansionistas de cada polis. Los persas por otro lado, se



replegaron a sus bases asiáticas y no entraron en beligerancias con la aguerrida Grecia, pero si que apoyaron a Atenas o a Esparta en sus conflictos internos, además de engrosar sus ejércitos con un ingente número de hoplitas mercenarios, guerreros temidos y respetados por todos los pueblos del imperio. La verdadera beneficiada de las Guerras Médicas fue Atenas, la cual y debido al poderío de su armada tan hábilmente tejida por Temístocles creó en ambas orillas del Egeo un imperio marítimo apoyado en la Liga de Delos, donde los atenienses con la excusa de repeler la amenaza persa subyugaron al resto de polis participantes con gravosos tributos. Por su lado, Esparta, la que había sacrificado a su rey Leónidas y comandó la victoria final en Platea no supo exprimir su triunfo ante el resto de Grecia, y aunque en los primeros años posteriores a las Guerras Médicas se preocupó por seguir liderando la coalición de griegos pronto se demostró que las nuevas relaciones internacionales pasaban por tener una fuerte flota, hecho en el que ni se interesaron ni podían hacerle sombra a la talasocracia de Atenas. El único espartano que se aferró al recién adquirido poder fue Pausanias, el cual instalado en tierras persas comenzó a pensar en perpetuar su mandato con ayuda de los Aqueménidas. Acusado de conspirar contra el pueblo espartano y de organizar una sublevación del pueblo ilota, fue llamado por los éforos para dar explicación sus acciones ante la asamblea. Acorralado en su propia ciudad, solo le quedó encerrarse en el templo de Atenea Calcioco, sabiendo de la inviolabilidad del suelo sagrado y muriendo de inanición pocos días después.

Ambas potencias mantuvieron durante las cinco décadas siguientes (el periodo denominado "Pentecontecia") un delicado equilibrio, celosas ambas de blindar sus respectivas áreas de influencia. Fue precisamente por un conflicto entre sus aliados por lo que entraron en combate, iniciándose así la Guerra del Peloponeso, cruel e inútil conflicto a la larga que enfrentaría a las dos grandes potencias del mundo Helénico. Atenas, con un floreciente imperio marítimo y Esparta, líder indiscutible en la guerra terrestre se enfrentaron desde el 431 al 404 a. C. en una guerra de desgaste motivada por las ansias territoriales y por mantener las respectivas hegemonías ante sus aliados. Finalmente saldría victoriosa Esparta, aunque con un alto coste humano y material que haría efímera su preeminencia sobre el resto de polis helenas.

## BIBLIOGRAFÍA

### Científica, ensayo y divulgación:

Cartledge, P., *Termópilas*.

Booket, Barcelona, 2008.

Fields, N., *Termópilas, la resistencia de los 300.*

Osprey Publishing (edición para RBA coleccionables)

Barcelona, 2009.

Herodoto., *Los nueve libros de la Historia.*

Biblioteca EDAF, Madrid, 1989.

Jenofonte., *Anábasis.*

Catedra, Madrid, 2006.

Massimo Manfredi, V., *Akropolis.*

De bolsillo, Barcelona, 2005.

Negrete, J., *La gran aventura de los griegos.*

La Esfera de los libros, Madrid, 2009.

Plutarco. *Obras morales y de costumbres.*

Editorial Gredos, Madrid, 1986

Sekunda, N., *Desafío heleno a Persia.*

Osprey Publishing (edición para RBA

coleccionables) Barcelona, 2009.

Tucídides., *Historia de la Guerra del Peloponeso.*

Alianza Editorial, Madrid, 2008.

**Novela Histórica:**

Massimo Manfredi, V., *Talos de Esparta*.

DeBolsillo, Barcelona, 2007.

Negrete, J., *Salamina*.

Espasa Calpe, Madrid, 2008.

Pressfield, S., *Puertas de Fuego*.

DeBolsillo, Barcelona, 2008.

**Novela gráfica:**

Miller, F y Varley, L., *300*.

Norma, Barcelona, 2004